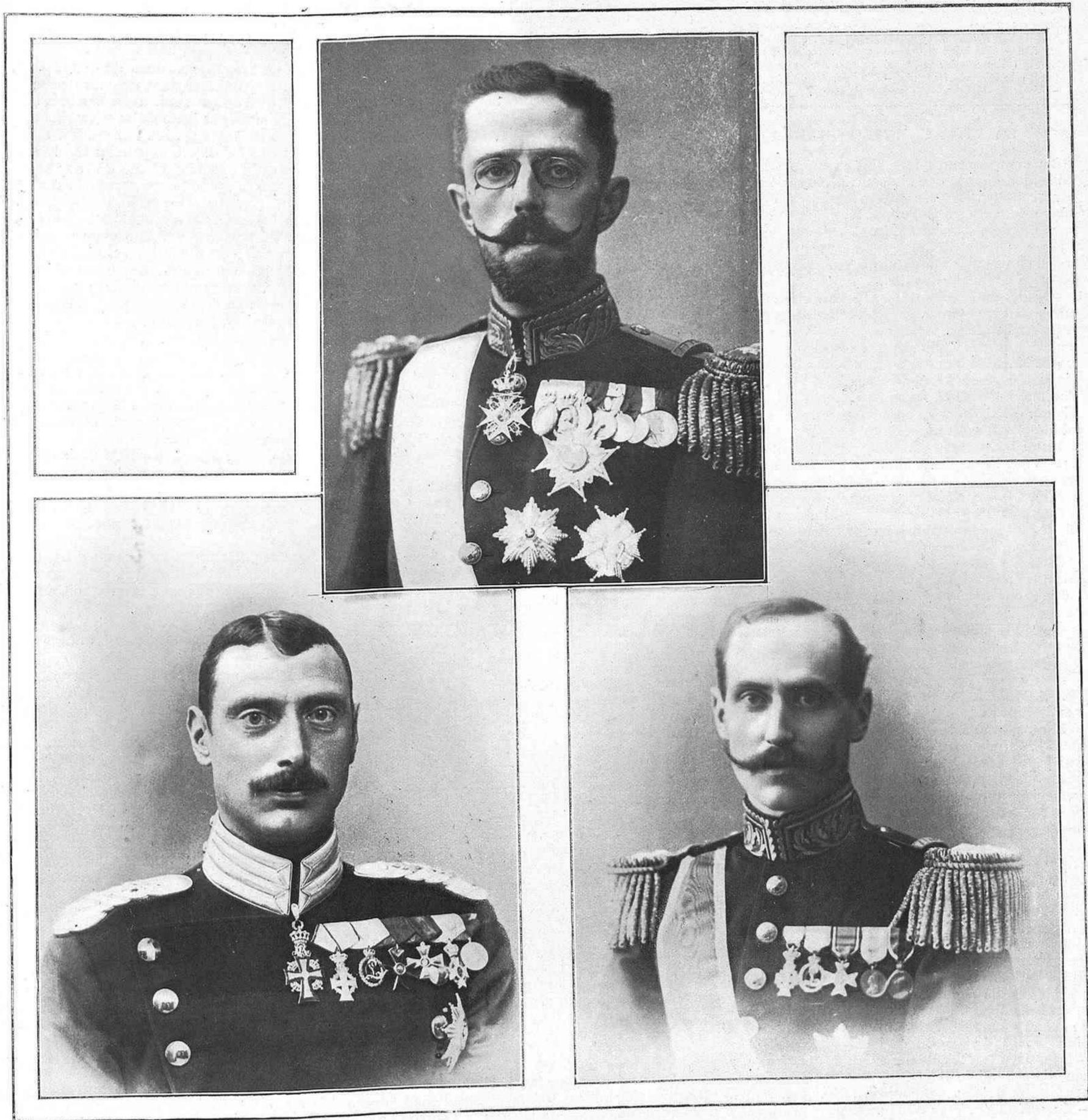


La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 4 DE ENERO DE 1915

NÚM. 1.723



El rey Gustavo V de Suecia. - El rey Cristián X de Dinamarca. - El rey Haakón VII de Noruega. (De fotografías de Chusseau-Flaviens.)

Por iniciativa del rey Gustavo V de Suecia se reunieron el día 18 del mes pasado en la ciudad sueca de Malmoe con el mencionado soberano los reyes Cristián X de Dinamarca y Haakón VII de Noruega. La entrevista de los tres monarcas, a quienes acompañaban sus respectivos ministros de Negocios Extranjeros, ha tenido por objeto expresar solemnemente el deseo unánime de mantener la neutralidad de los tres Estados y arbitrar los medios de garantizarla y de salvaguardar los intereses comunes, así como de evitar los perjuicios que a su comercio oca-

sionan la militarización de los mares, la colocación de minas y la declaración de contrabando que alcanza a muchos productos de aquellas naciones y especialmente a las maderas. Ignórase cuáles determinaciones habrán tomado los tres reyes para llevar a la práctica lo acordado en sus conferencias, que han despertado gran interés y que se continuarán con nuevas entrevistas de representantes calificados de los tres países, siempre que lo aconsejen las circunstancias.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El beso*, por Angela Graupera. — *París. La fiesta de la bandera belga.* — *La guerra europea.* — *La Niani*, novela original de Enrique Greville, ilustraciones de Mas y Fondevila. — *Madrid. Novedades teatrales.* — *Notas de Melilla.* — *Cayo Julio César.*

Grabados. — *El rey Gustavo V de Suecia.* — *El rey Cristián X de Dinamarca.* — *El rey Haakon VII de Noruega.* — Dibujo de Carlos Vázquez, ilustración al cuento *El beso.* — *La guerra europea. París. La fiesta de la bandera belga.* — *Entierro de un tirador argelino.* — *La guerra en las montañas de Servia.* — *Los quintos de 1915 en la estación de Montparnasse.* — *En el teatro de la guerra del Este.* — *La Nochebuena en una trinchera alemana.* — *La Nochebuena en un torpedero.* — *Distribución de cigarrillos entre los soldados franceses.* — *La princesa Alejandra Victoria visitando a los heridos.* — *Convoy de fugitivos alemanes.* — *Sopa que la Unión de Damas Evangélicas distribuye a los hijos de los reservistas alemanes.* — *El príncipe Hussein Kamel.* — *Llegada del príncipe de Bulow al Quirinal.* — *Leipzig. Oficina de información.* — *Vendedor de manzanas en Rotterdam,* cuadro de Luciano Siené. — *En la Rambla de las Flores de Barcelona,* cuadro de Ricardo Brugada. — *Madrid. Novedades teatrales.* — *Notas de Melilla.* — *La muerte de César.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Va a empezar un nuevo año, y, en opinión general será más perro que el de 1914. No sé cómo hará para conseguirlo, pero parece casi seguro que, en efecto, lo conseguirá. Porque las cosas van de mal en peor, y en todo se refleja el malestar que, hasta a las naciones neutrales y pacíficas, acarrea esta guerra que no se interrumpe, ni aun por veinticuatro horas en la noche de Navidad.

Algunas mujeres españolas hemos escrito un mensaje a Carmen Sylva, reina de Rumania, para que interponga su valiosa influencia con las demás Soberanas de Europa, y obtenga que se pacte un armisticio de Navidad, por breve que sea. Debo añadir que ninguna esperanza hemos fundado en el Mensaje. Pudimos decir de él, como Espronceda del *Canto a Teresa*: «Este canto es un desahogo de mi corazón: sáltelo el que quiera.»

Entre otras cosas que la guerra ha demostrado, una es que los aspectos humanos y sentimentales de las cosas carecen en absoluto de eficacia y valor para influir en la marcha de los sucesos. La dura ley de la fuerza está hoy doblemente en vigor que en las edades primitivas, tenidas por bárbaras. Cristo vino al mundo..., sí, sólo que nadie se acuerda de ello.

Sería para mí enorme sorpresa que nuestro mensaje a la Reina poetisa surtiese el efecto menor. Probable es que arranque miradas desdeñosas a ceñudos varones. ¡Ilusiones no hay que forjárselas!

De todos modos, y por no desperdiciar un elemento más de publicidad para nuestro desahogo, aquí reproduzco el mensaje:

«A Carmen Sylva, entre los poetas.

A S. M. la Reina de Rumania, entre las Soberanas de Europa.

Musa y señora veneradísima: En hora trágica, y ante el sufrimiento de tantas otras mujeres, acudimos a ti las españolas, y te rogamos que, poniéndote a nuestro lado, juntando a los nuestros tu corazón estremecido, implores de los Jefes de pueblos que dirigen los combates una tregua bien corta: el día y la noche en que nació en carne mortal Jesús, que amó a los hombres hasta morir.

Tal vez, señora, sea esta tregua como fulgor misterioso que anuncia el alba de la ansiada paz. De seguro es nuestro cristianismo, nuestra solidaridad humana flotando sobre el vaho de la sangre vertida.

Acaso, señora, en noche tal, si Jesús desciende a la tierra, bendecirá la tregua que por un instante hace hermanos a los enemigos, aun cuando, transcurridas las veinticuatro horas, se alce otra vez la necesidad vestida de hierro.

Tu bella alma de poeta, llena de claridad, susurro de abejas y miel de flores, está preparada a la santa obra de piedad y amor.

Depositamos a tus Reales pies nuestra súplica, y con ella el rendido homenaje de esta tierra, donde buscaste tu dulce seudónimo literario. Ave, Reina. — *La condesa de Pardo Bazán.*» (Siguen las firmas.)

* *

Los temores que inspira el año 1915, son, en primer término, del orden económico. La penuria empieza a dejarse sentir. Aparte del encarecimiento de las subsistencias, todos se quejan de que les arrancaron alguna pluma del ala. El uno tiene fondos ex-

tranjeros, en peligro, cuando menos, de estancación; el otro esperaba letras de la Argentina, que no vienen; aquél tuvo que cerrar su establecimiento; éste, su fábrica... Las tiendas están vacías, y los dependientes, en voz triste y baja, confiesan que no se vende, que no se logra dar salida a artículo alguno... Las tentadoras tiendas de ultramarinos, aun en Navidad, apenas despachan ciertos comestibles y bestibles de lujo y de importación, que se han visto obligados a subir, como el Champagne. Hasta en el comercio modesto de juguetes baratos, de belenes y otras fruslerías de cartón, se nota esta baja.

Los coches y automóviles no son ajenos a la crisis. Se oye decir que cada día se dan muchos de baja en la contribución. Al querer venderlos, nadie ofrece una peseta. Por anomalía no infrecuente, al alquilarlos para servicio, están más caros que nunca. Sería difícil explicar la razón.

Sucede con esto de los coches algo de lo que pasa con el papel de cartas elegante. Si las cuentas no fallasen, los que expenden y fabrican esta clase de papel tenían que hacerse millonarios.

En efecto: escribís un libro de trescientas páginas, lo imprimís, lo encuadernáis, lo enviáis a la librería, descontáis el crecido tanto por ciento de los librereros, y la utilidad que queréis obtener; el libro se tasa a tres cincuenta, verbigracia, y de esas tres cincuenta salen: el valor del papel, el de la impresión y tirada, el de la encuadernación, el del transporte, la ganancia del librero o libreros, la del editor si lo hay, y la del autor. Y, si el libro corre algo, no dejan todos de sacar buen partido. La caja de papel de lujo suele tener cincuenta y hasta veinticinco pliegos; no hay que contar con autor, ni con editor, ni con librerero, ni intermediario alguno; alcanza precios que oscilan entre cinco y diez pesetas... La ganancia tendría que ser del tres mil por cien, y lo es de seguro.

Un cálculo semejante me sugirió el coste de una berlina de alquiler. Nótese: una berlina a secas, sin caballos, cochero ni cosa que lo valga. Oí pedir en un taller diez pesetas diarias por una berlina, que suele costar, comprada, mil pesetas más o menos, y que, a este tipo, reeditaría al año tres mil seiscientos cincuenta. Ningún comentario añadiré.

Hay artículos sometidos a cotizaciones fantásticas. Lógicamente debían ser muy baratas cosas que son carísimas. La guerra, que tenemos distante, introduce aquí su desorden y arbitrariedad. Es imposible calcular lo que se prepara.

Cosa buena, no. Miserias y desventuras por todos lados, es lo que asoma. No pasa día sin que el angustioso grito de las naciones devastadas y encharcadas en sangre llegue a nosotros clamando auxilio. ¡Auxilio! ¿Cómo se auxilia a una nación? Ante la magnitud de tales desdichas, parece hasta ridículo pensar en una suscripción, en una colecta, en una función benéfica, en los habituales arbitrios que suelen ponerse en juego para remediar necesidades y desventuras. ¡Una gota de agua en el Océano!

Además, España no puede adoptar medidas que parezcan inclinarla más bien a una nación que a otra. España es neutral. Si algo hiciese ahora España, debería ser con el carácter de simpatía general hacia las desdichas, sin preferencia. Yo creo que, fuese poco o mucho el socorro de España, este socorro no debía faltar en ocasión como la presente; que sería hacedero, hasta fácil, como pudiésemos, y todo el mundo puede algo y aun bastante. Y antes que forma de envío de dinero, el socorro de España pudiera tomar la de adopción y protección a huérfanos, asistencia a heridos, etc.; pero, entiéndase bien, con la más estricta neutralidad, repartiendo la ayuda y beneficio entre cuantas naciones combaten, sin excepción ninguna. Así nuestra actitud sería noble, humanitaria y perfectamente intachable de parcialidad.

¿Se hará algo en tal sentido? No lo sé, porque encogidos los ánimos, en flor se hielan las iniciativas, y cada cual, trémulo de aprensión ante el oscuro porvenir, piensa en sí, con ese involuntario egoísmo que se desarrolla en las horas críticas, en los salvamentos de tripulación y pasajeros cuando un barco se hunde...

* *

Bajo esta deprimente impresión nace el año 1915. Más que ningún otro, trae las manos llenas de problemas, de amenazas, de misterio. Su curso va a decidir de la suerte de Europa y a cambiar su constitución, más profundamente que ninguno de los grandes sucesos de la historia, sin exceptuar los del período napoleónico.

Después de los esfuerzos sobrehumanos del ataque y de la defensa; después de las tragedias de las invasiones, de las carnicerías diarias, de la anomalía epiléptica de la vida, bajo el peso de eventos

nunca vistos, vendrá el nuevo y colosal empuje para restablecer la normalidad, el tejido de la existencia; para rehacer la industria, para reanudar las relaciones comerciales, reconstruir los edificios hechos escombros, restaurar los monumentos en que quepa restauración, hacer renacer de sus cenizas los incendiados hogares... Y dentro del santuario de las familias, ¡qué labor de reconstitución, qué penoso y lento revivir! Perdida la fortuna, muertos los varones, ¡cuántas mujeres quedarán sin otro recurso que mendigar o aceptar los trabajos más ínfimos!

¿Y las cosechas? ¿Y los campos? La guerra, a la larga, fecundiza; pero mientras se desarrolla, trae de la mano la esterilidad. En vez del surco del arado, rasga la tierra para cavar la trinchera, desde la cual el plomo enviará la muerte. Yo, en todo este desastre, en el estrago que, si no estamos viendo, nos figuramos con bastante viveza, lo que más siento, (aunque no sea, claro, lo más importante), es el destrozo de la jardinería belga. ¡Las rosas! ¿Habrá quedado rosas en los jardines del lindo país? ¿Piensa en rosas alguien?

El año 1915, ¿verá florecer en paz las rosas de otoño?

¡La paz! Hay quien duda de que el año 1915 la traiga. Hay quien supone, después de este invierno glacial, otro en que también los hombres barbotarán entre la nieve y el fango de las trincheras. Hay quien fija sólo allá para 1916 la terminación de la lucha. ¡Estamos lucidos! ¡No lo permita Dios!

Por donde se mire, el año de 1915 es de los infaustos. Nos encontramos como San Agustín moribundo, cuando la irrupción de los bárbaros del Norte le hacía creer que el mundo se acababa... Veía San Agustín hundirse una inmensa civilización, la romana, y creía que las tinieblas de la barbarie eran el único porvenir. No es la actual irrupción de bárbaros, sino de ultracivilizados; pero cabe dudar cuál sería más malo y destructor, si aquellas luchas o éstas de hoy, tan científicas.

Todo es sombra, niebla, duda, ansiedad. Cuanto se afirmaba, se niega; cuanto se esperaba, se ha difumado ante la realidad horrible. Y no es el terror lo que más nos agobia. Es la zozobra, la incertidumbre. Si supiésemos de cierto lo que va a suceder, tal vez no nos preocupase tanto la entrada de un año fatídico y climatérico...

Con todo eso, España puede decir que, por una vez, ha sido agraciada con el premio mayor de la lotería mundial. Posee la paz y puede resistir, con algo de previsión, a las circunstancias. Así como en Alemania las autoridades han recomendado a los súbditos del káiser la economía más estricta, hasta el extremo de encargarles que no pelen las patatas sino después de cocidas, a fin de evitar la pérdida de lo que se lleva la monda en crudo, aquí debiera predicarse evitar cuidadosamente lo que se gasta y desperdicia, para que cada familia allegue un fondo con que afrontar las contingencias que pueden presentarse — que se han presentado ya, con el encarecimiento de artículos tan indispensables como los huevos y las mismas susodichas y humildes patatas. Pero no es la economía cualidad distintiva de nuestra raza.

Los pequeños ahorros que Francia sabe realizar con tanta paciencia, privándose de mil caprichos, España los desdeña gallardamente. Es curioso, en uno de los mejores colmados madrileños, observar quiénes son los habituales parroquianos. Hombres de humilde blusa, de manos callosas, descuartizan gentilmente un cábaro, que les cuesta cincuenta céntimos, o hincan el diente en un bocadillo de jamón, que tiene el mismo precio. Manjares de capricho, que no sacian, y que el marido o padre saborea ocultamente, no dándose cuenta acaso de que con dos reales se pone un cocido para la familia. ¡Y los toros! En los toros se gasta la gente pobre lo que no tiene. Es una de las cosas que ha puesto de realce, en su preciosa tragicomedia *Los semidioses*, Federico Oliver. Nadie sabe la fuerza que presta a una nación la falange de ahorradoras hormiguitas. Pero, en la apreciación general, el ahorrar es un estigma, el gastar sin duelo una bizarría caballeresca. ¿Cambiarán un poco este criterio las duras lecciones que prepara el año 1915?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

EL BESO, POR ANGELA GRAUPERA, dibujo de Carlos Vázquez

Antes de descender a la playa, detúvose Tomás en el frondoso y verde pinar. La mar tranquila, ligeramente azulada, mecíase dulcemente, en incesante movimiento. Del lejano horizonte sin brumas, sin celajes, emergían pequeñas embarcaciones, cuyas velas rizadas por fresca brisa hacíalas semejar, distanciadas, enormes gavio-
tas. El cielo diáfano sonreía en su esplendente manto azul.

Allá, por el lado del Este, el castillo del «Moro», hermoso ejemplar del tiempo medioeval, erguía desde su elevado promontorio la almenada torre, orgullosa de desafiar la destructora obra del tiempo. El magnífico y único finestral, cubierto de trepadora hiedra, al herirla el sol evocaba imagen de pálida dama, aprisionada, mirando melancólica la inmensidad azul. Y allí, al otro lado, empezaba el macizo de abruptas rocas que resbaladizas iban internándose en el mar. En ellas concentró Tomás su atención.

Allí estaba la bella mujer, sentada en su roca predilecta de cara a la mar, abstraída en hondas meditaciones, contrastando las blancas vestiduras con el negruzco de las rocas. Y Tomás recordó con extraño deleite la finura de aquellas manos, la esbeltez de aquel cuerpo y la belleza de aquellos ojos verdes, inmensos, profundos, tornasolados como el mar.

¿Por qué aquella mujer se enterraba en aquel rincón de costa brava? ¿Por qué pasaba largas horas mar adentro, manejando sola los remos de su pequeña y coquetona embarcación? Y parecióle escuchar otra vez su voz dulcemente musical, cuando, ofreciéndose él un día de mar revuelta a manejar su barca, contestó en ligera sonrisa y grave inclinación de cabeza:

— ¡Gracias!.. Me basto yo sola...

Llamábanla los pescadores «la dama blanca», porque invariablemente eran blancos los vestidos, que hacían resaltar la blancura marfileña del rostro y el oro de la abundante cabellera. ¡Cómo se destacaba la pensativa figura entre las dos inmensidades!.. Semejaba fantástica visión, hada beneficiadora colocada en aquel firme pedestal para esperanza del intrépido pescador presto a naufragar.

Exhaló el pecho de Tomás un suspiro profundo, que no era otra cosa que la confesión de aquel algo íntimo que avaro guardaba en el retiro de su personalidad, y lentamente descendió a la playa.

Cuando llegó al pie del macizo de rocas, la mujer había desaparecido; pero flotaba en el ambiente, mezclado con el penetrante de algas, el perfume fino de violetas, que tanto conocía y que aspiró con fruición, como se aspira lo que emana del cuerpo que se adora, en el silencio concentrado de un imposible.

El cielo gris envolvía a la naturaleza toda en sus cendales de melancolía, hablaba al alma de cosas ignoradas, pero presentidas y deseadas, mientras el

las cortaban, las removían y volvían a juntarse con ruido argentino, de risa de mujer.

¡Qué hermosa era la compañera!.. Jamás sus ojos habían contemplado tanta belleza, tantas perfecciones. Los ojos le atraían, le cautivaban; tenían el verde luminoso de esmeralda de aquellas aguas que suaves les mecían.

Y sintió brotar en el fondo de su alma un deseo insensato. Deseó sentir el roce suave de aquellos labios rojos en su cara morena, curtida por la intemperie. Sentir el aleteo, el perfume de aquella boca, y morir... ¡Bella muerte!

Estaban lejos de la playa. El pinar era sólo una línea ancha, ondulada y oscura, que se dibujaba vigorosa en el gris firmamento.

— Qué hermoso es el mar, ¿verdad?, habló la melancólica joven.

— Muy hermoso, pero no hay que fiar en él, señora; tiene bromas muy pesadas. Se acerca otoño y no debiera internarse sola; las tempestades asolan frecuentemente esta playa, y es peligroso navegar en pequeñas embarcaciones.

— ¡Qué mejor sudario para quien tanto le ama!

Y con gesto breve ordenó el regreso.

* *

Retumbaba el trueno y resonaba solemne en la inmensidad. La mar embravecida rugía como fiera hambrienta; avanzaban amenazadoras las olas en altas y gigantescas montañas, chocaban estrepitosas contra las oscuras rocas y se deshacían en cascadas de espuma blanca. Cielo y mar habíanse confundido en íntimo abrazo, mientras sus elementos se desencadenaban violentos, orgullosos, seguros de su fuerza y poder irreductible.

Tomás, asustado, presintiendo una catástrofe, descendía por el resbaladizo pinar, y, ya en la firme playa, escudriñó ansioso la revuelta inmensidad. Ni la más pequeña embarcación:

sólo el ruido de las oías unido al fragor del trueno y al silbido del viento.

Quizás habíase engañado. Desde la alta ventana de su casa parecióle ver la barca pequeña de la joven rubia, y tenía la seguridad que, a ser ella, la tempestad no la había dado tiempo de refugiarse en la playa.

La tempestad habíase presentado de improviso; sólo ellos, los pescadores, conocían aquella pequeña nube, que en breves instantes adquiría las formidables proporciones de violento huracán. Si realmente era su barca estaba perdida. ¡Pérdida!.. ¡Y la veía



... arregló la barca, a la que ligera saltó la joven

mar, muy quieto, murmuraba dulces cosas, dulces misterios, que se perdían en el infinito.

Tomás, sentado en su barca, miraba sorprendido a la bella desconocida que se dirigía hacia su embarcación. Una intensa alegría iluminó su atezado rostro cuando la rubia joven rogó dulcemente:

— ¿Quiere usted guiar mi barca? Me encuentro fatigada y no quiero privarme de mi paseo.

No se lo hizo rogar dos veces el mozo, que diligente arregló la barca, a la que ligera saltó la joven. Sentóse perezosa y se hundió en muda contemplación.

Los remos chapoteaban las transparentes aguas,

allí, tendida en la fina arena, arrojada por las olas, pálida, rígida, fría, con el cabello de oro suelto por la desnuda espalda, hermosa, más hermosa que en sus sueños la vió!

Subió a lo alto de una roca y se estremeció. La frágil barca estaba a merced del océano, era juguete de las encespadas olas. El vestido blanco se destacaba vigoroso a cada vaivén. Había de salvarla y no vaciló.

Quitóse la chaqueta y se tiró al agua; intrépido nadador, no temía la furia del mar; su resistencia la había puesto mil veces a prueba sin vencerla jamás. Ya cerca le gritó:

— ¡Valor!

La pobre joven, rendida, perdida toda esperanza de salvación, había soltado los remos y, agarrada a la madera, aguardaba resignada la muerte.

Entre el fragor de la tormenta, oyó aquella voz alentadora y cuando vió a Tomás cerca, le tendió ambas manos, reconocida.

— Estése quieta, ordenó breve, temiendo que el balanceo tumbase la frágil barca.

Y agarrándose por la borda saltó dentro, empuñó los remos y remó vigoroso hacia la playa.

Quedó la joven silenciosa, agotadas sus energías por larga lucha. Su vestido blanco, completamente empapado, dibujaba sus formas redondas, perfectas, con durezas y plasticidades de estatua. Miraba entornados los verdes ojos al robusto mozo, que, afanoso, jadeante, trataba de alcanzar lo más pronto posible la segura playa.

Un suspiro de satisfacción dilató el ancho pecho de Tomás y cogiéndola respetuoso entre sus brazos, saltó ligero, y ya en el refugio de una oscura roca, la depositó delicadamente en ella.

Conmovida la joven, le tendió espontánea ambas manos, diciéndole temblorosa:

— Gracias, Tomás. ¡Te debo la vida! ¿Qué puedo hacer por ti?

Cogió el mozo aquellas manos blancas y finas entre las suyas callosas y morenas, y la miró intensamente... ¡Otra vez aquel deseo pujante persiguiéndole! ¡Rozar con sus labios aquella carne fina, sedosa, perfumada, adorable!

— No temas; expresa tu deseo. Tu valor merece mucho, ¿qué?.. Tú sabrás lo que necesitas, lo que deseas.

— Deseo..., balbuceó y restó indeciso, temeroso.

— ¿Qué deseas?, insistió la joven.

— Un beso.

Y calló, asustado de su propio atrevimiento.

Le vió la joven temblar de emoción, nublados los ojos por extraña y secreta angustia; recordó su largo y obstinado mirar; adivinó un inmenso, un puro e imposible amor, expresado en aquel sencillo deseo, y quitándose lentamente el ancho sombrero, apartó los rubios y rebeldes cabellos y presentó en adorable sumisión su frente pensativa, blanca, tersa, hermosa...

— PARÍS. — LA FIESTA DE LA BANDERA BELGA.

Con objeto de recaudar fondos a beneficio de los belgas refugiados en Francia, celebróse el domingo día 20 del mes pasado la llamada «Fiesta de la bandera

belga», organizada por el Comité central franco-belga, las Sociedades de la Cruz Roja, y otras entidades de beneficencia y socorro.



La guerra europea. París.—La fiesta de la bandera belga, a beneficio de los refugiados belgas en Francia. Niño ofreciendo una banderita a un soldado francés. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

La fiesta consistió en la venta por las calles de París y de las principales ciudades francesas de unas

una obra de caridad, un grandioso homenaje al valeroso pueblo que no ha vacilado en arrostrar la enemistad y las agresiones de la poderosa Alemania para defender su neutralidad por todos los Estados garantizada y en la actual guerra violada por los alemanes.

Los aliados, Francia sobre todo, saben de cuánto son deudores a Bélgica, que con su sacrificio les dió tiempo para apercibirse contra la invasión germánica; y justo es decir que hacen todo lo que pueden para suavizar las penalidades de los cientos de miles de belgas que se han refugiado en sus territorios, prefiriendo el destierro al yugo de los alemanes.

En París, la «Fiesta de la bandera belga», tuvo un éxito extraordinario y bien puede afirmarse que no se veía una persona en las calles que no ostentase la simbólica banderita. Millares de señoritas y de niños provistos de banderitas y llevando sendas alcancías, recorrieron toda la capital y se situaron en los sitios más concurridos, ofreciendo las banderas a los transeuntes y recogiendo en las alcancías los donativos que éstos les entregaban.

En los teatros se efectuaron también cuestaciones que dieron resultados excelentes. En la Comedia Francesa, la eminente actriz Magdalena Roch recitó una poesía de circunstancias de Juan Richepin, y en la Ópera Cómica el ilustre actor Sr. Bremont recitó también una poesía de Pablo Ferrier.

Para que se comprenda el entusiasmo con que en toda Francia ha sido acogida esta fiesta, bastará decir que el número de banderitas belgas vendidas ascendió a cinco millones y medio.

Una banderita especial fué enviada a los soberanos de las potencias aliadas y a los generales en jefe de los ejércitos inglés, francés, ruso y serbio. También las recibieron el Presidente de la República y su esposa, quienes enviaron al Comité franco-belga mil francos.

En la mañana del mismo día en que se celebró la «Fiesta de la bandera belga» efectuóse en la Casa Consistorial de París, una solemne recepción en honor de los señores Cartón de Wiart, barón Guillaume y barón Be-

yens, presidente del Consejo de ministros belga, ministro de Bélgica en Francia y exministro de Bélgica

en Berlín respectivamente. A la recepción asistieron los señores Viviani, presidente del Consejo de ministros francés; Delcassé, ministro de Negocios Extranjeros; Briand, ministro de Justicia; Pichón, exministro de Negocios Extranjeros y presidente del Comité franco-belga, y otras ilustres personalidades francesas y belgas.

Los señores Mithouard, presidente del Consejo municipal de París; Delaney, prefecto del Sena; Cherest, presidente del Consejo general, y Laurent, prefecto de Policía, pronunciaron sentidos discursos, tributando homenaje al heroísmo del rey Alberto y de la reina Isabel y al valor sublime del pueblo y del ejército belgas.

A estos discursos contestó el Sr. Cartón de Wiart con otro elocuentísimo dando gracias en nombre del gobierno belga y de todos sus compatriotas, encomiando la amistad de las naciones belga y francesa y esperando el triunfo final de la causa de la justicia.



La guerra europea.—Entierro de un tirador argelino fallecido a consecuencia de las heridas recibidas en el campo de batalla. El Taleb rezando las oraciones ante el cadáver de su compañero. (De fotografía de Branger.)

banderitas con los colores nacionales, negro, amarillo y encarnado, de Bélgica, y constituyó, aparte de

comiando la amistad de las naciones belga y francesa y esperando el triunfo final de la causa de la justicia.



La guerra en las montañas de Servia. - Soldados servios dirigiéndose a la línea de batalla



París. - Los quintos de 1915 en la estación de Montparnasse, desde donde los trenes militares los conducen a los centros de instrucción. (De fotografías de Rol y Branger.)

LA GUERRA EUROPEA

Si analizamos los comunicados oficiales que los aliados y los alemanes publican diariamente sobre el curso de las operaciones, veremos que en el teatro de la guerra llamado del Oeste, es decir, el que abarca desde el Mar del Norte hasta la Alsacia y comprende el territorio del Sur de Bélgica y del Norte, centro y Nordeste de Francia, la situación es casi la misma que venimos describiendo desde hace una porción de semanas. No se señala en él ningún hecho de importancia y todo se reduce a una serie no interrumpida de ataques y contraataques, tomas de trincheras, ocupación de posiciones al parecer de escaso valor estratégico y por cuya posesión, sin embargo, se lucha encarnizadamente durante días y aun semanas. Como es natural, tratándose de un frente de batalla de algunos centenares

ataque. Después de haber tenido el ejército francés a los alemanes en actitud expectante, hay que romper sus filas y librar al territorio francés de los intrusos.

Este cambio de táctica de los aliados responde, según parece evidentemente, a una orden del día que dictó el generalísimo Joffre el día 17 de diciembre y un ejemplar de la cual fué encontrado, según dicen los alemanes, entre las ropas de un oficial francés muerto en el campo de batalla. He aquí el texto de dicha orden del día:

«Los ataques violentos y continuos que efectúan los alemanes desde hace tres meses, no han sido capaces de romper las filas francesas. Hemos resistido victoriosamente sobre todo el frente de batalla.

»Ha llegado el momento de sacar provecho del punto débil que nos ofrecen, ahora que el ejército francés ha reforzado sus contingentes y su material. Ha sonado la hora del



En el teatro de la guerra del Este. - Llegada del primer servicio de paquetes postales para los soldados alemanes delante de la iglesia de Mirunskén, convertida en depósito general de la división postal. (De fotografía de Haeckel.)



La Nochebuena en una trinchera alemana. - La Nochebuera en un torpedero. (De fotografías de Berliner Illustrations-Gesellschaft.)

de kilómetros, en unos sitios la suerte es propicia a los aliados y en otros favorece a los alemanes; pero los progresos que unos y otros realizan son muy lentos y así lo confiesan los propios interesados en sus partes oficiales.

De todos modos, los aliados han avanzado, especialmente en el extremo de su ala derecha, o sea en algunas regiones de Bélgica y en la zona del mar al Lys, en la parte de Acrás, y en el Sudeste en las Argonas y en las inmediaciones de Verdún. Estos avances demuestran que los aliados han emprendido un movimiento general ofensivo, aprovechando quizás la circunstancia para ellos favorable de haber los alemanes retirado algunas fuerzas de las que tenían en Francia y en Bélgica para llevarlas al teatro de la guerra del Este, en donde, como veremos, siguen librándose importantes combates.

»Soldados: más que nunca Francia cuenta con vuestro arrojo, vuestra energía y vuestros esfuerzos para lograr la victoria, cueste lo que cueste. Habéis salido ya victoriosos en el

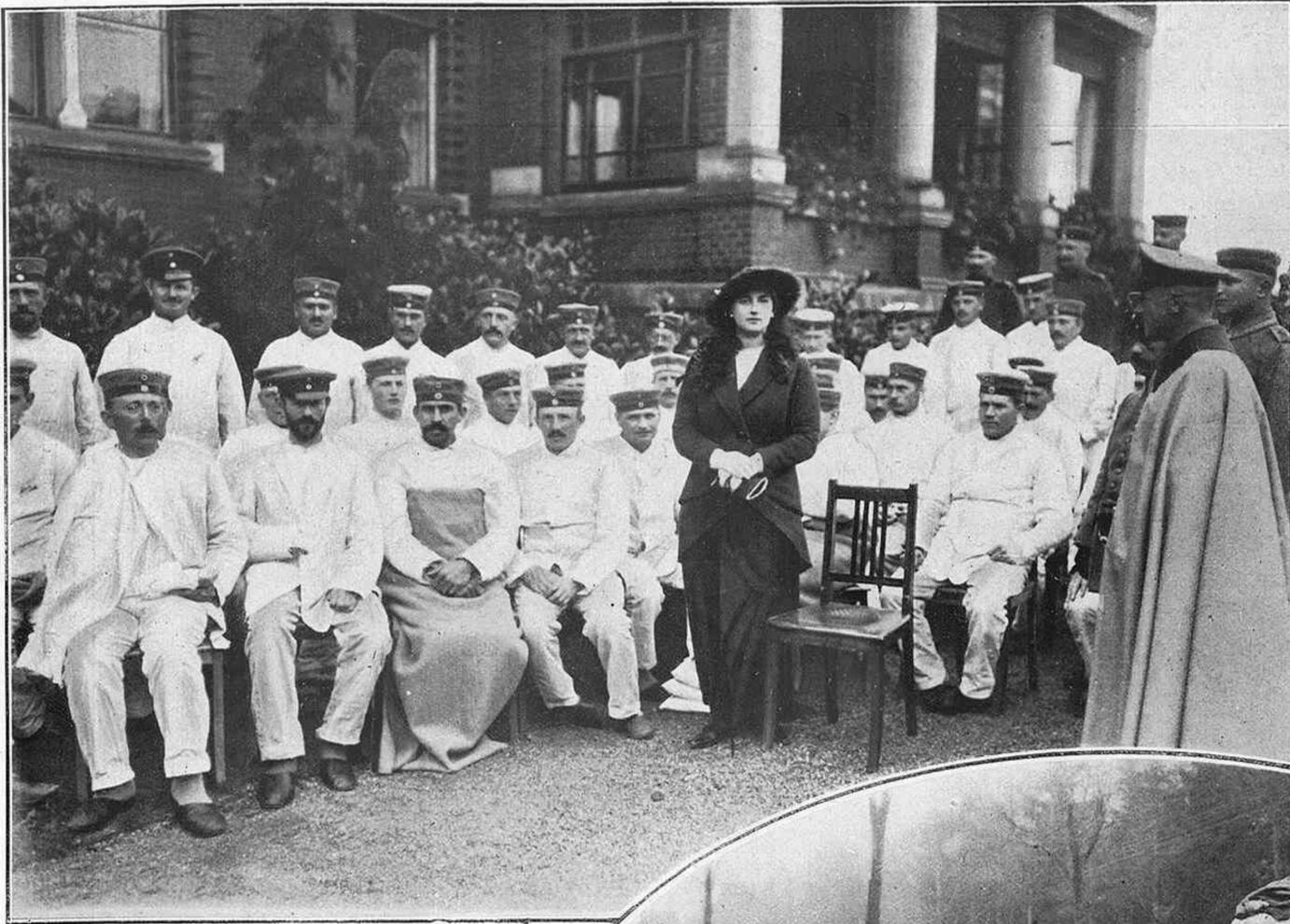
Marne, en el Iser, en Lorena y en los Vosgos. Esto hace suponer que sabréis vencer y que no os daréis punto de reposo hasta conseguir la victoria completa.»

En el teatro de la guerra del Este se desarrollan importantes operaciones en todo el frente de batalla. Siguiendo el orden que hemos adoptado en las anteriores crónicas, referiremos separadamente las noticias de carácter oficial contenidas en los comunicados de los alemanes, de los austriacos y de los rusos.

En la Polonia rusa, los alemanes han continuado sus ataques contra las posiciones en que se han fortificado los rusos, habiendo forzado el paso en mu-



Distribución de cigarras entre los soldados franceses en la línea de batalla. (De fotografía de Rol.)



La princesa Alejandra Victoria, esposa del príncipe Augusto Guillermo de Prusia, hijo del emperador, visitando a los heridos de un hospital de Berlín.

chos puntos de la región comprendida entre los ríos Bzura y Rawka y habiéndose apoderado del Bzura inferior y extendido hacia el Este hasta más allá de Skierniewice. Además, han ocupado la importante plaza de Mlawa y prosiguen, aunque lentamente, su avance hacia el Vístula. En la Prusia oriental, han emprendido una enérgica ofensiva en la región Soldau-Neidenburg rechazando con éxito varios ataques de los rusos cerca de Lodzen. En los Cárpatos, los austro-húngaros han



Convoy de fugitivos alemanes huyendo de la invasión rusa en la Prusia oriental.

cogiéndole seis cañones y 1.000 prisioneros.

Dícese que los turcos, por temor a que la flota de los aliados pase el Estrecho, han trasladado toda la artillería pesada desde Andrinópolis a Constantinopla.

En el Adriático, las baterías austriacas de la costa, en colaboración con los buques guarda costas han echado a pique el submarino francés *Curie*, haciendo prisionera a la tripulación.

El submarino austriaco N. 12 atacó una flota compuesta de 16 unidades que se encontraba en el estrecho de Otranto y lanzó dos torpedos contra un acorazado francés produciéndole algunas averías.

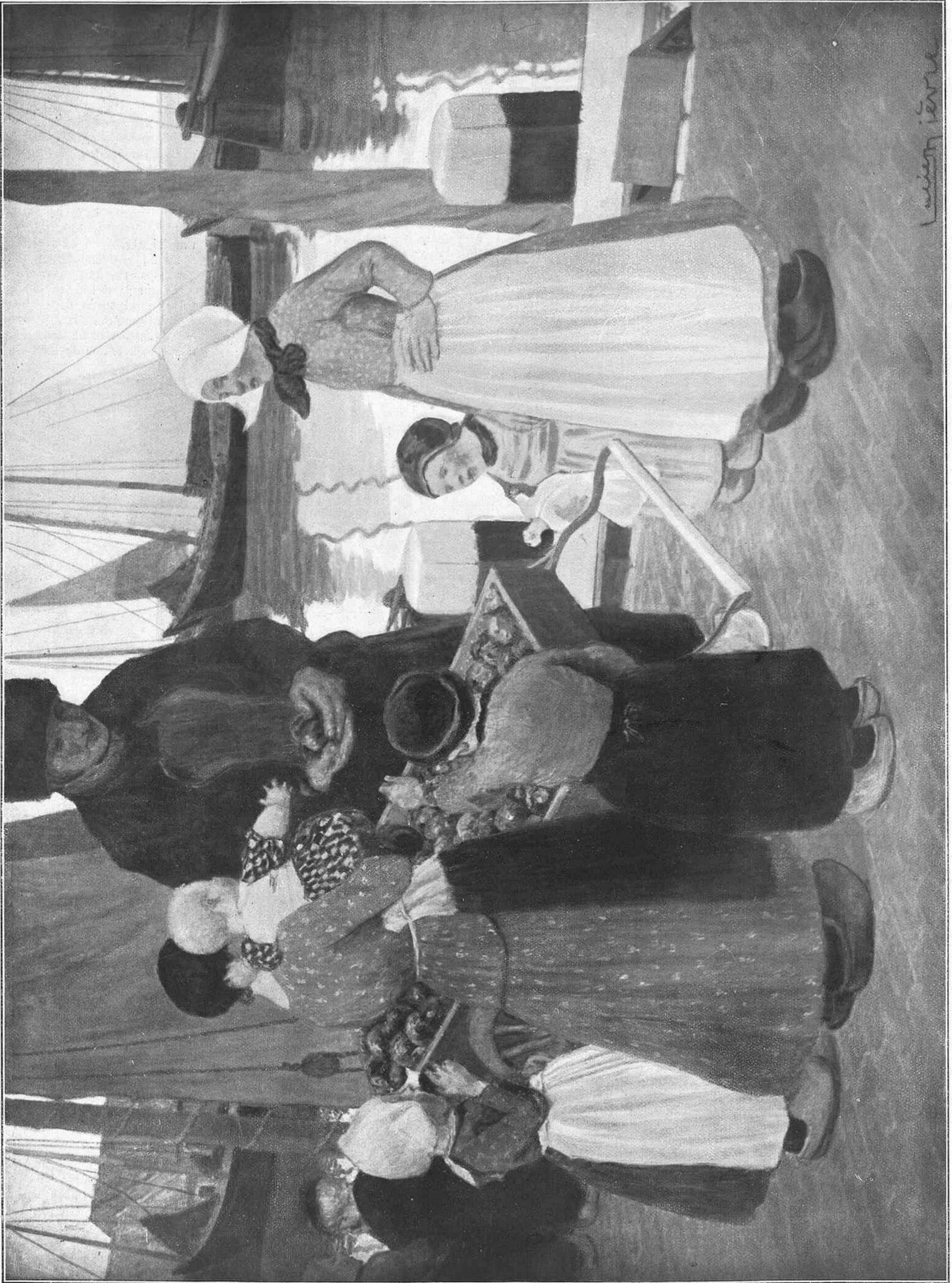
Una escuadra turca ha tenido en el Mar Negro un encuentro con una escuadra rusa; un acorazado de ésta, el *Rotislav*, sufrió averías y dos barcos lanzaminas fueron echados a pique.

Una nota del Almirantazgo inglés dice que siete hidroplanos ingleses, ayudados por un crucero y algunos destroyers y subma-



Sopa que la Unión de Damas Evangélicas de Berlín distribuye diariamente a los hijos de los reservistas alemanes llamados a armas (De fotografías de Haeckel.)

rechazado los ataques de fuertes contingentes rusos, realizando notables avances y ocupando, después de cuatro días de violentos combates, el desfiladero de rinos atacaron a la escuadra alemana a la altura de Cuxhaven, lanzando bombas sobre los buques y en algunos sitios de importancia militar de la costa. Dos *Zep-*

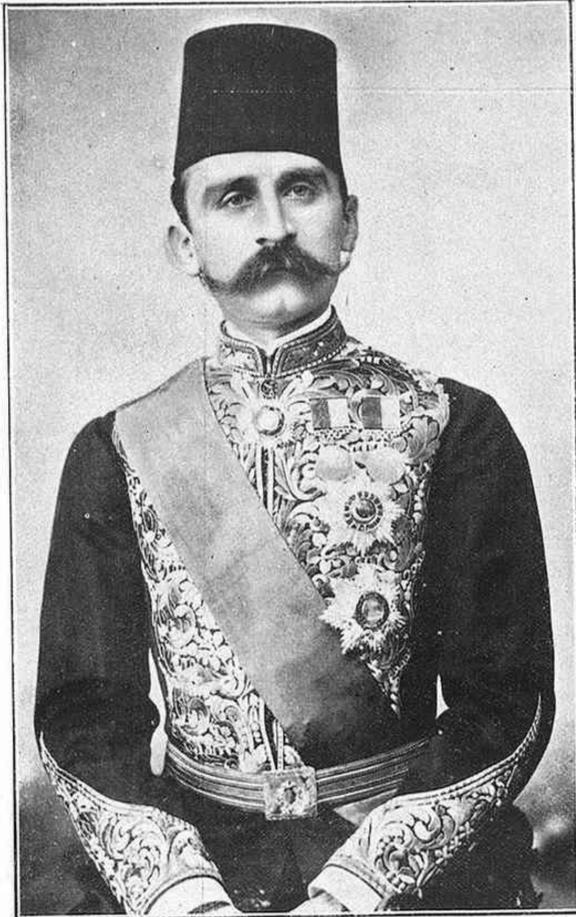


VENDEDOR DE MANZANAS EN ROTTERDAM, cuadro de Luciano Siené. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)



EN LA RAMBLA DE LAS FLORES DE BARCELONA, cuadro de Ricardo Brugada. (De fotografía de F. Serra.)

pelines alemanes, varios hidroplanos y algunos submarinos atacaron las unidades navales inglesas; pero éstas, merced a una hábil maniobra evitaron el en-



El príncipe Hussein Kamei, nuevo sultán de Egipto
(De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

cuentro con los submarinos, y con sus baterías ahuyentaron a los *Zeppelins*. De los siete hidroplanos ingleses, seis salieron indemnes; el séptimo fué visto destrozado a pocas millas de Heligoland. Los alemanes, al dar cuenta de este hecho, dicen



Llegada del embajador de Alemania en Roma, príncipe de Bulow, al Quirinal para presentar sus credenciales al rey de Italia
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

que el ataque fué rechazado y que algunos de sus aviones lanzaron bombas que hicieron blanco en dos *destroyers* ingleses y en un buque que los acompañaba, determinando un incendio en este último.

Ofrece gran interés la actitud que pueda adoptar el Japón en la actual guerra. Sabido es el auxilio que prestó a las naciones aliadas en el extremo Oriente, apoderándose de la importante colonia alemana de Tsing-Tao. Sabida es también la colaboración que ha prestado a Rusia cediéndole buena parte de su artillería gruesa. Pero las naciones de la triple *entente*, o por lo menos Francia, según lo han expresado

claramente algunos de sus más importantes políticos, desean que el Japón envíe a Europa algunos cuerpos de ejército que les ayuden en su lucha contra los alemanes. El gobierno japonés parecía inclinado a ceder a tales deseos, y a esto obedecía sin duda el proyecto presentado al Parlamento sobre aumento del efectivo del ejército; pero la Cámara ha rechazado este proyecto, y el emperador ha decretado la disolución del Parlamento. La prensa del Japón está, además, muy dividida al comentar la oportunidad y las ventajas de una intervención japonesa en la guerra europea.



Leipzig. - Oficina de información para comunicar a las respectivas familias las bajas ocurridas en los campos de batalla, para facilitar la correspondencia con los heridos y prisioneros y en general para dar toda clase de noticias relacionadas con la guerra. Este servicio benéfico es enteramente voluntario y lo prestan personas de la buena sociedad de Leipzig. Dibujo de Félix Schwormstadt. (Reproducción autorizada.)

LA NIANIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE A. MAS Y FONDEVILA



La mano que estrechaba la de Antonina temblaba un poco, a pesar del esfuerzo visible de Dournof para parecer tranquilo

Antonina Karzof acababa de cumplir diecinueve años; los violines del baile dado con motivo de este aniversario resonaban todavía en los oídos de parientes y amigos; el traje blanco, adornado con los tra-

dicionales capullos de rosa, no había tenido tiempo de ajarse, y sin embargo la señorita Karzof era presa de la preocupación más cruel. Los rayos de un pálido sol de primavera iluminaban lo mejor que podían el salón vasto y un poco sombrío en que tanto se había bailado ocho días antes; el piano abierto sostenía

una partitura a cuatro manos que atestiguaba una reciente visita, pero Antonina no pensaba en el sol ni en la música; esperaba a alguien, y ese alguien no venía.

Veinte veces fué de la ventana a la puerta de la antesala y viceversa, penetró luego en su hermoso

cuartito que daba al salón, enderezó una rama de sus arbustos, arregló un pliegue en la cortina... Todo esto no absorbía cinco minutos, y el tiempo pasaba con una lentitud cruel.

— ¿Ha vuelto mi madre?, preguntó Antonina a una vieja criada que apareció en la puerta del comedor contiguo.

— Todavía no, ángel mío, contestó la vieja.

Antonina se sentó en una butaca con un gesto de impaciencia, y apretó una contra otra sus dos manos afiladas, de forma exquisita y de color de rosa.

— No tardará, tesoro mío, repuso la anciana. ¿Por qué estás hoy tan impaciente?

— No es por ver el regreso de mamá, murmuró Antonina.

La vieja criada exhaló un suspiro, y desapareció silenciosamente como había venido. Nadie la oía nunca andar.

Antonina, con los ojos fijos en el trazo luminoso de un rayo de sol que caminaba lentamente sobre el pavimento, se puso a pensar en el pasado. Sus recuerdos se remontaban a dos años atrás. En la casa de campo de sus padres había empezado a encontrar entonces en la vida un encanto nuevo e indescriptible. Durante las vacaciones, su hermano, estudiante de la Universidad de San Petersburgo, había traído a dos de sus amigos para preparar, de común acuerdo, sus tesis de examen.

¿Por qué uno de estos jóvenes había sido tan indiferente a Antonina como la hierba del césped sobre el cual hablaban juntos por la tarde? ¿Por qué las atenciones del mismo le eran indiferentes? ¿Y por qué el otro, el que apenas hablaba, era objeto de sus pensamientos íntimos? La teoría de los átomos curvos lo explicaría sin duda.

Dournof miraba poco a Antonina, apenas le hablaba, no la galanteaba nunca, y al parecer se preocupaba poco de sus actos: era entonces un muchacho de veintidós años, robusto y moreno, cuyo exterior carecía absolutamente de poesía: se entiende por poesía el romanticismo sentimental que ha hecho escribir tantos libros absurdos, y cometer tantas acciones ridículas. Pero la persona de Dournof respiraba la independencia de la voluntad, la honradez, la lealtad más perfecta; reía fácilmente, enseñando sus hermosos dientes, demasiado anchos para el ojo de un dentista, pero sanos y blancos; era joven, resuelto, listo, no conocía ningún obstáculo, y la libertad tiene su poesía propia.

Dournof no miraba, pues, a Antonina; en las reuniones frecuentes en el campo donde se baila a todas horas, en las partidas de juegos inocentes, se encontraba sin embargo al lado de ella casi con seguridad. A nadie podía esto inspirar celos ni sospechas, puesto que no se decían dos palabras en todo el día. No obstante, cuando Dournof había terminado la lectura de un libro, era raro que no se viese pasar luego el volumen a manos de Antonina. Pero esto tampoco tenía nada de sorprendente.

La señora Karzof, que no había nacido para las grandes empresas, había seguido sin embargo el ejemplo general, puesto en moda en aquellos últimos tiempos, y había establecido una escuela libre en el pueblo. Antonina, como es natural, se había encargado de las niñas; Juan Karzof, su hermano, había querido cuidarse de los muchachos; pero Juan era un soñador; se olvidaba de la escuela para ir a vagar por los bosques con su otro camarada, Marontine, llevando al hombro una escopeta con la cual mataba muy poca caza..., y Dournof adquirió la costumbre de reemplazarlo en la escuela, por la regularidad, según él decía.

Antonina y él iban pues juntos, sin darse el brazo; entraban cada cual en el pobre local de su clase, y casi siempre volvían juntos. Así pasó el verano. Seguían hablándose muy poco, pero algo más que al principio. Las vacaciones de la Universidad tocaban a su fin, y las hojas de los tilos empezaban a caer sobre el césped; Antonina, siempre seria, había enflaquecido un poco; sus mejillas eran meuos frescas y sonrosadas que en la primavera; a veces se retiraba temprano, sin pretexto plausible. Si su madre, inquieta, la seguía entonces a su cuarto, la encontraba sentada en un gran sillón, con los brazos caídos, sin más dolencia que un poco de fatiga.

Un día en que Antonina salía de la casa-escuela algo más tarde que de costumbre, vio que Dournof la había aguardado. Sentado en la pequeña escalinata de madera de la meseta de entrada, miraba hacia el camino silboteando. Al ruido que hizo la puerta al cerrarse, él se levantó, y Antonina recibió en pleno rostro una mirada tan profunda, tan llena de cosas, que ella bajó los ojos.

Marchaban juntos hacia casa, cuando Dournof, deteniéndose bruscamente, dijo a Antonina:

— Deseo hablarla.

Se detuvieron cerca del pozo. Este pozo, cuyo brocal tenía unos tres pies de altura, estaba construido con largas vigas de pino apenas escuadradas y entrelazadas; el agua llegaba casi a flor de tierra, y un cubo de madera ennegrecido por un largo uso flotaba en ella en medio de las amarillentas hojas que los vientos de otoño arrojaban allí a torbellinos. La percha de contrapeso que servía para levantar el cubo se perdía entre las ramas bajas de los árboles; el seto del jardín, alto y espeso, hacía de aquella rústica construcción un fondo de verdura; la hierba crecía allí más espesa que en los demás sitios. A aquellas horas, nadie iba al pozo: a diez metros de las casas, el punto era tan solitario como al fondo de un bosque.

Antonina sintió palpar su corazón, y temió que Dournof oyese los latidos, tan terribles le parecían. El permaneció un momento delante de la joven, mirándola esta vez muy fijamente.

— Usted es una señorita rica, empezó diciendo.

— No soy rica, interrumpió vivamente Antonina.

— No lo es quizás para su esfera social, pero sí en comparación con un nieto de sacerdote, sin fortuna. Su familia de usted es de buena nobleza.

Antonina iba a hablar, el joven hizo un gesto y ella calló.

— Yo soy de nacimiento obscuro, pues, como acabo de decir, mi abuelo era sacerdote. Mi padre era un pobre escribiente en una administración de provincia; adquirió la nobleza hereditaria por antigüedad, y he aquí por qué puedo poner una corona en mi sello...

Sonreíase con cierta expresión que también hizo sonreír a Antonina.

— Eso no impide que...

Interrumpióse y miró a Antonina, la cual, lejos de apartar los ojos, le miró sonrojada. Dournof tendió entonces su ancha mano, de forma elegante, pero grande y pesada; la muchacha puso en ella la suya, sin vacilar, pero con reflexiva gravedad.

— Creo, repuso Dournof, que ambos seguimos el mismo camino; yo pienso hacer algo... Aun no sé lo que haré, pero creo que será una obra útil: ¿quiere usted ayudarme? No cuando los caminos estén trillados y la ruta sea fácil, sino durante los años de desaliento y de prueba; cuando me vea agobiado de burlas, mientras sea pobre y obscuro, mientras nadie tenga fe en mí, excepto su hermano que tiene en mí una confianza absoluta. ¿Quiere infundirme valor cuando éste me falte, y júbilo siempre?

La mano que estrechaba la de Antonina temblaba un poco, a pesar del esfuerzo visible de Dournof para parecer tranquilo. Antonina miró al joven y contestó:

— Sí, quiero.

— Piénselo bien, replicó él con reprimida emoción en la voz. En este momento, no puedo ofrecer a usted ni un techo ni pan... No puedo pedir su mano a las personas de quienes usted depende, sino cuando me haya asegurado medios de vivir...

— Decía usted, interrumpió Antonina, que poseo cierta fortuna...

— Precisamente la bastante para que yo no pueda pretenderla a usted si no aporto el equivalente de lo que posee. ¿Qué le darán en dote?

— Treinta mil francos, contestó la muchacha sin extrañarse de aquella pregunta.

— Pues bien, es preciso que obtenga una plaza que me produzca al menos la renta de ese capital. Es poca cosa, añadió con su franca sonrisa, y no tardaré en tenerla cuando haya tomado la licenciatura. Pero hay que esperar, y esa plaza no será más que el primer paso para alcanzar otra cosa. Los años de trabajo y de prueba serán largos...

— Esperaré, dijo Antonina sin turbarse.

Dournof la miró encantado: aquella mirada pareció echar sobre la joven una bendición, tan seria y tan tierna era al mismo tiempo.

— Yo la amo a usted, le dijo él; la amo tanto que si usted hubiera rehusado mi amor, creo que hubiera yo renunciado a mis ilusiones.

— ¿Qué carrera tomará usted?, preguntó entonces Antonina.

— La de abogado.

Antonina le miró con un poco de asombro. En aquella época, la organización de los tribunales no pasaba de ser un proyecto; los abogados casi no existían más que de nombre. No se conocían con este nombre más que los abogados consultores, especie de agentes de negocios generalmente tenidos en poca estima.

Dournof le explicó entonces las reformas proyectadas, y la situación que podía crearse en aquel nuevo orden de cosas el hombre que fuese el primero en tener el talento, la fuerza y el valor necesarios para imponerse.

— Considere usted, terminó diciendo, que hasta el presente todo está entregado a la arbitrariedad, que millares de gentes despojadas piden justicia sin obtener nada. Considere que se va a hacer luz en ese caos, y después del zar, que será el primer bienhechor, cuál no será el papel de quien haya obtenido para los desdichados el derecho y la justicia.

— ¿Es usted ambicioso?, preguntó Antonina con la misma sencillez.

Dournof se puso colorado; bajó al fondo de su conciencia y contestó en seguida:

— No; porque si fuese ambicioso, querría trabajar solo, y no puedo vivir sin usted.

— Esperaré, repitió Antonina. Desde este momento, le pertenezco a usted.

El no le dió las gracias; aquellas dos almas fuertes se habían comprendido sin frases. Dournof estrechó fuertemente la mano que tenía cogida y luego la dejó caer.

— ¿No hay que hablar de esto a nadie, verdad?, preguntó la muchacha encaminándose nuevamente hacia casa.

— Usted decidirá, contestó Dournof. Si cree que su familia había de acogerme favorablemente...

Antonina no pudo menos de reírse; la nulidad de su padre y la benévola frivolidad de su madre le inspiraban esa especie de afecto que se siente por seres irresponsables y desprovistos de buen sentido.

— No le acogerán a usted favorablemente, dijo ella; esperemos.

— Como usted quiera, contestó el joven.

Llegaron a casa sin cambiar más palabras.

Desde aquel día, la señora Karzof no tuvo que inquietarse más por la salud de su hija: Antonina había recobrado su alegría seria y los colores de sus mejillas rosadas. Pero abandonó poco a poco sus labores de adorno y de puro recreo para dedicarse a trabajos más sólidos. Quiso aprender a cortar, coser y remendar ropa.

— ¡Jesús, qué chica tan original!, decían sus jóvenes compañeras; ¿qué placer puedes encontrar en hacer dobladillo a paños de cocina?

Antonina era la primera en gastar bromas sobre aquellos trabajos poco elegantes, pero se mantuvo firme, y adquirió gran habilidad. El invierno reunió con frecuencia a los jóvenes: en aquella época, se bailaba prodigiosamente en Rusia. Todo eran pretextos para bailoteos, y hasta sin pretexto alguno muchas familias tenían un día fijo en que la juventud se reunía y bailaba desde las siete hasta la una, hora avanzada de la noche.

La más brillante de aquellas casas era la de la señora Frakine; cómo se las arreglaba ésta para proporcionar tanto placer a tanta gente con rentas de una exigüidad inverosímil y probada? Es un problema que nadie pudo resolver jamás. Quizá la buena señora se privaba literalmente de comer para poder pagar el alquiler de un piso muy vasto y muy cómodo; quizá vendía ocultamente sus últimas alhajas de familia para hacer frente a los gastos de alumbrado de aquel salón siempre lleno cada sábado; lo cierto es que en ninguna parte se bailaba con tanta animación, y en ninguna parte se cenaba con tan buen apetito.

La cena se componía de hermosas rebanadas de pan moreno y blanco artísticamente cortadas y alternadas con platos de porcelana inglesa; de un poco de mantequilla traída mensualmente del campo y bien conservada en la nevera; de algunos arenques marinados y rodeados de un picadillo de cebolla y perejil, y una inmensa ensalada de patatas y remolachas. Un poco de queso completaba aquel banquete frugal, digno de un cenobita.

Pero todo estaba bien servido; había sobre la mesa tantos cuchillos y tenedores, tantas botellas relucientes que contenían, a guisa de vino, un espumante *kuas* de fabricación doméstica; todo esto era ofrecido con tanta franqueza, que la bella juventud, más ganosa de placer que de golosinas, se declaraba encantada de todo y volvía a bailar después de la cena con tanto entusiasmo como antes.

A eso de las dos de la madrugada, la señora Frakine aparecía en el salón con una gran escoba, lo que llamaba ella su escoba de ceremonia, para barrer a los bailarines. Se la rodeaba entonces pidiéndole un cuarto de hora de prórroga, para una contradanza. Ella rehusaba, agitando su formidable escoba; entonces un endiablado se sentaba al piano y tocaba un vals; la señora Frakine y su escoba, arrastrada en el movimiento por los jóvenes intrépidos, daban la vuelta al salón, y después, riendo, sofocada, con la cofia ladeada sobre sus cabellos blancos, se dejaba caer en un canapé. Era la señal de partida; los convidados se acercaban a ella, la besaban, la lisonjaban, y partían para volver el sábado siguiente.

¿Por qué la buena señora, sin marido, sin hijos,

gastaba así la mayor parte de sus pobres rentas para divertir a gentes que no le atañían en nada? Ella lo explicaba con una palabra, a la que nadie podía hacer la menor objeción.

— Esto me divierte, decía. Hay personas que toman rapé, otras que encienden cirios, otras que hacen pasar su dinero al bolsillo del médico y del boticario; yo divierto a la juventud, y ella me lo paga con creces divirtiéndome a mí.

Allí se habían visto libremente Dournof y Antonina durante todo el invierno que siguió a su extraña conversación. La señora Karzof enviaba su hija con la vieja criada a casa de su vecina; el viejo criado iba a buscarla poco antes de la media noche, y esperaba en compañía de otros criados, medio dormidos en las banquetas de la antesala, que la jovial reunión se cansase de reír y de bailar.

Hacia cinco o seis años que la señora Frakine recibía así a una cincuentena de jóvenes de ambos sexos, y durante ese tiempo se concertaron en aquella feliz atmósfera varios matrimonios; también habían florecido en cabezas locas pasajeros amoríos que habían naufragado antes de llegar al puerto del himeneo, pero nunca había resultado nada desagradable; aquella juventud aturdida estaba animada de sentimientos puros y honestos: todas las jóvenes se respetaban a sí mismas, y todos los muchachos respetaban a las mujeres honradas.

Llegó el verano, Juan Karzof trajo nuevamente su compañero de estudios al campo, y los novios reanudaron sus paseos a la casa escuela. La señora Karzof se percataba tan poco de su buena inteligencia, ponía tanta amabilidad en enviarlos juntos a tal o cual diligencia o excursión, que más de una vez creyeron que ella conocía sus proyectos y no se oponía.

Antonina sobre todo estaba tan persuadida de ello, que a Dournof le costó trabajo disuadirla de hablar francamente del asunto a su madre.

— Déjela estar, le dijo; si nos es favorable no nos dirá nada; si usted se equivoca, podría separarnos, al menos hasta el día en que yo viniese a pedir su mano; y entonces ¿qué haríamos?

La idea de una separación, aunque no fuese más que temporal, en tales condiciones, era demasiado dolorosa para que Antonina no cediese a ese razonamiento.

Era una dicha para los dos jóvenes vivir en el mismo lugar, verse diariamente, trabajar separados para el fin que debía unirlos; como esa dicha era modesta, no querían desperdiciar de ella la menor partícula. Antonina guardó silencio.

Les esperaba una dolorosa prueba. El padre de Dournof murió durante el segundo invierno, y el muchacho se vió obligado a partir para arreglar sus asuntos.

La separación, que debía durar un mes a lo sumo, se prolongó durante cinco meses: Dournof tuvo que establecer a su madre y dos hermanas mayores, solteras todavía, en una residencia más modesta que el piso en que había vivido su padre. El Estado suele dar alojamiento a sus empleados en Rusia, y los alberga bien. La señora Dournof y sobre todo sus hijas exhalaban suspiros muy dolorosos al ver la casita de madera destinada a reemplazar las vastas habitaciones, desnudas, eso sí, pero altas y espaciales, en que habían vivido hasta entonces.

Antonina y su novio habían resuelto no escribirse sino en caso de necesidad urgente; pero, como la separación se prolongaba, fué necesario recurrir a la correspondencia, y la muchacha se decidió a poner a la vieja criada en la confidencia de su secreto.

Nadie se acordaba ya del nombre propio de la criada, se le daba el nombre genérico de *Niania*. Nacida en casa de la madre de la señora Karzof, tenía treinta y siete años cuando ésta se casó; la joven desposada la había recibido como regalo de su madre, como uno de los muebles, y no el menos precioso, de su ajuar. La *Niania* había visto nacer numerosos hijos de su ama, los había cuidado a todos, y acostado poco después en el ataúd a excepción de Juan y Antonina, únicos supervivientes. Adoraba a estos dos seres como adoraba a Dios, y si hubiese tenido que elegir entre la salvación eterna y la vida de uno de ellos, se hubiera sacrificado sin vacilar.

Pero era particularmente afecta a Antonina; siendo ésta una niña necesitaba cuidados más minuciosos y más absorbentes; además, Antonina se había quedado en casa, mientras que Juan hacía sus estudios en el colegio y no volvía hasta las cuatro.

Desde el nacimiento de Antonina, la *Niania* la había llevado a pasear, la había vestido, lavado, acostado...; en una palabra, marchaba detrás de Antonina como su sombra en el interior de la casa. Se necesitaría un tomo entero para explicar las camareras que hizo despedir, las ayas que, cansadas de sufrir sus ingerencias, habían tomado la resolución de mar-

chase, ya que no era posible hacerla despedir a ella; las querellas, las luchas y las enemistades que había suscitado en la casa.

Todo ser, fuese cual fuere, que molestaba a Antonina, ya sólo era bueno para echarlo al desecho, y no había medio que no pareciese conveniente a la *Niania*, con tal de conseguir el resultado que ella deseaba.

Los profesores e institutrices acababan por ceder o por largarse, y de esta manera Antonina llegó a formarse un carácter muy firme y muy resuelto. Si no se volvió déspota, fué porque tenía un sentido innato de lo justo y de lo injusto que la preservó. Pero por todo lo demás, tuvo por ley su propia voluntad.

Aquella firmeza la salvó del capricho, defecto ordinario de sus compatriotas, que, aduladas, sin cesar, no encuentran límites a su fantasía, ni tienen ya regla para su existencia. Si Antonina se volvió muy terca, lo fué al menos con entero conocimiento.

Por persuadida que estuviere del ciego cariño de su *Niania*, temblaba interiormente el día en que le confesó su amor por Dournof. La vieja criada la escuchaba, con las manos caídas, como se debe estar en presencia de los amos, con la cabeza baja y con aire respetuoso.

— ¡Y bien! ¿Y qué?, dijo ella cuando Antonina hubo cesado de hablar. ¿Amas a ese joven? ¿Por qué no, si es un hombre de bien?

— Pero mi madre quizá no quiera, repuso Antonina, sorprendida de no encontrar otra resistencia.

— Si le amas, no importa, tu madre no querrá hacer sufrir a su querida hija. Pero, ángel mío, ten mucho juicio, no permitas que tu novio...

Antonina dirigió una mirada tan severa a *Niania* que ésta perdió todas las ganas de sermonearla.

— ¡Bueno, bueno!, repuso ella. Lo que importa es que te cases con el elegido de tu corazón. Tu madre, que Dios conserve, no estaba tan contenta cuando se casó con tu padre... ¡Lo que lloró, la pobre!...

— ¿Lo recuerdas?, preguntó vivamente Antonina.

— ¡No me he de acordar! Ella amaba a otro, un elegante oficial, de bigotitos muy finos, que venía a casa...

— ¿Y bien?

— ¡Y bien! ¿Qué quieres que te diga? Acabó por consolarse... Tu padre es un hombre excelente, sobre eso no hay nada que decir, y tu madre ha sido siempre mimada como la niña de sus ojos. Siempre ha hecho lo que ha querido.

Antonina guardó en el fondo de su corazón la esperanza de que su madre, impedida en su juventud de casarse con el hombre a quien amaba, se compadecería de su situación; sin embargo, se limitó a esperar en silencio. *Niania* estuvo encargada de llevar y retirar del correo la correspondencia de los novios, y lo hizo con mucho celo y habilidad.

Aquella mañana en que Antonina se mostraba tan impaciente, había recibido dos palabras de Dournof anunciándole su vuelta para el mismo día. Por esto las horas le parecían sumamente largas.

II

Sonó la campanilla en la antesala; la *Niania* corrió a abrir, y por la puerta entreabierta, Antonina oyó estas palabras:

— ¡Gracias a Dios que le tenemos de vuelta, Feodor Ivanitch, nuestro halcón, nuestra águila blanca! ¡Dios le dé mucha salud! La señorita se moría de impaciencia.

— ¿Está en casa?, preguntó la voz grave de Dournof.

— Sí, sí, está en casa, le espera a usted, sola, en el salón.

Dournof dió rápidamente los pocos pasos que le separaban de la puerta, la abrió de par en par y se quedó en el umbral. Antonina, de pie, inmóvil, de espaldas a una ventana, iluminada por una luz rasante que trazaba una raya de oro sobre cada contorno, esperaba, en efecto, sin atreverse a dar un paso hacia él. Hasta entonces no había hecho más que estrechar su mano. ¿Cómo contener el impulso irresistible que la arrojaba en brazos de su novio?

No tuvo tiempo de reflexionar; sintió de pronto que dos brazos la estrechaban con tanta fuerza que le hicieron daño; su cabeza se encontró sobre el pecho de Dournof, y sus cabellos fueron cubiertos de besos. La vieja criada cerró la puerta del salón y salió murmurando una bendición sobre ellos.

— ¡Mi luz, mi vida!, decía Dournof en voz baja, apretando contra sí la cabeza de Antonina que acariciaba con una mano casi paternal en su dulzura... ¡Cuánto he sufrido por ti!

Apartóla un poco para mirarla mejor y no dijo nada, pero su sonrisa dió a comprender lo mucho que la quería.

— ¿Cómo has pasado ese largo tiempo de ausencia?, preguntó él después conduciéndola hacia un sillón en que ella se sentó, mientras él tomaba asiento en una silla enfrente de la muchacha.

— No lo sé, contestó Antonina; ha sido como una larga noche. He trabajado mucho.

— ¿En qué?

— En nuestros trabajos de escuela; he preparado lecciones para los niños del pueblo; no es fácil explicar hasta las cosas más sencillas a esas inteligencias poco desarrolladas. Me ha costado mucho trabajo el hacer que comprendiesen claramente ciertas nociones... Pero ya hablaremos de eso. ¿Y tú, qué has hecho?

Dournof se pasó la mano por la frente para apartar sus inquietudes.

— He leído papeluchos, puesto firmas, luchando contra la mala fe de unos y la obsequiosidad de otros... He arrancado a duras penas de todas esas manos rapaces los restos de mi patrimonio, he instalado a mi madre y mis hermanas en una habitación pasable, y aquí me tienes... Pero, Antonina, escúchame bien: no quiero volver a separarme de ti.

Ella le miró, y sus ojos dijeron claramente que ella tampoco quería volver a separarse de él.

— Voy a pedir tu mano a tus papás; no soy rico, ni mucho menos, pero he realizado lo bastante para vivir muy pobremente durante cinco años: de aquí a entonces habré adquirido una posición digna de ti, con seguridad.

Se había levantado; su ancho pecho dilatado por la alegría y la esperanza respiraba con desahogo, sus ojos brillaban, su tez colorada por la vida exuberante, sus cabellos caprichosamente ondulados por la naturaleza y que él se echaba a cada momento hacia atrás poniendo a descubierto su frente ancha y pura, decían altamente que aquel hombre poseía un alma vigorosa, enérgica, indomable.

— ¿Temes la miseria?, preguntó a Antonina.

Ella contestó con un movimiento de cabeza y una sonrisa llenos de orgullo y de confianza.

— ¿Y tus padres opondrán una resistencia seria?

— Probablemente, contestó ella.

— ¿Entonces?..

— Nada nos separará, dijo Antonina en voz baja, inclinando la cabeza.

— Querrán hacernos esperar...

— Esperaremos.

Dournof volvió a sentarse y exhaló un suspiro.

Antonina hablaba de esperar; en efecto, para ella, el esperar no era tan duro; vivía en la casa paterna, en que reinaba el desahogo; trabajaba a su gusto, rodeada de objetos de su elección... La vida le era fácil...

Más para él, la existencia era muy distinta.

Miró al suelo, y en su cerebro cansado del viaje y de muy tristes pensamientos, vió aparecer la imagen de su vida solitaria.

Un cuarto triste, donde nada hablaba de la presencia de una mujer amada; los muebles — muebles de casa de viajeros y está dicho todo —, no tenían nada de agradable a la vista ni al tacto. Ni un solo recuerdo sobre aquellas paredes recubiertas de un papel vulgar, apenas quizá la fotografía de Antonina. La comida solitaria, la vida solitaria, la soledad en todas partes, y en el trabajo sobre todo... ¡el trabajo que tan dulce hubiera sido al lado de ella! ¡Cómo la presencia de Antonina hubiera embellecido aquella vivienda! Además, dejando aparte toda cuestión de interés, la pequeña fortuna de la muchacha hubiera aportado a su unión el bienestar. No hubieran habitado juntos el cuarto alquilado por meses, sino un pisito modesto en que la mano de la esposa imprime en todas partes su sello delicadísimo y sagrado.

Antonina no se daba bien cuenta de aquella diferencia de vida; no conocía de ella más que la poesía. La pobreza de los campesinos de su aldea le era sin embargo familiar, y endulzaba sus amarguras por todos los medios que tenía a su alcance. Pero la pobreza de un hombre de su esfera social debía ser, y era, en efecto, una cosa muy diferente; esta le parecía iluminada por el estudio, los goces de la inteligencia, y por su amor recíproco.

Dournof exhaló otro suspiro y levantó la cabeza; Antonina le miraba tristemente.

— ¿Qué hacer?, dijo él esforzándose para sonreír; esperaremos. Pero ¿y si tus papás persisten en negarse?

— No son lobos, dijo Antonina con fingida alegría. Me quieren y acabarán por consentir. Y ¿quién sabe?, quizá consentirán en seguida.

(Se continuará.)

MADRID. - NOVEDADES TEATRALES

La última obra del eminente dramaturgo Sr. Linares Rivas, estrenada con gran éxito en el Teatro de la Princesa, titúlase



Una escena de *La garra*, comedia dramática en dos actos de Manuel Linares Rivas, estrenada con buen éxito en el Teatro de la Princesa.

La garra y constituye un brioso alegato en favor del divorcio. La garra es el conjunto de leyes, prejuicios, tradiciones, que influyen decisivamente en nuestra existencia y acaban por destruir nuestra dicha. En el caso planteado por el Sr. Linares



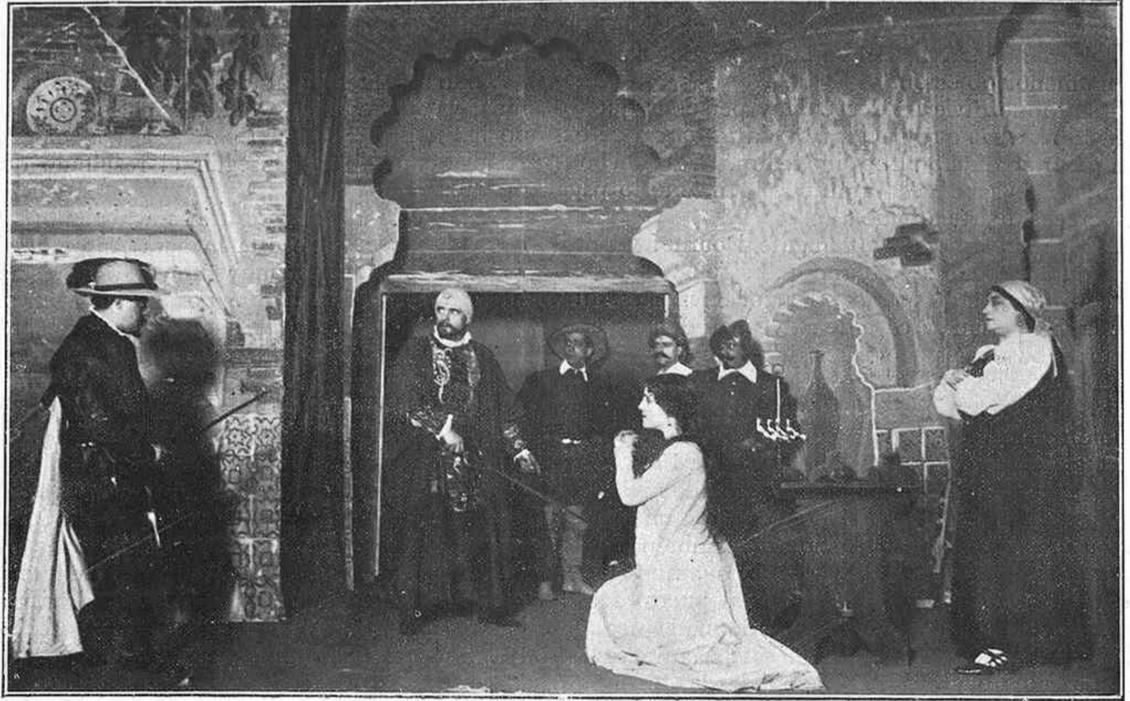
Una escena de *Salambó*, zarzuela en tres actos, letra de los Sres. Paso y Abati, música del maestro Luna, estrenada con buen éxito en el Teatro de la Zarzuela.

Rivas en su comedia dramática, la ley que hace indisoluble el matrimonio determina la infelicidad de dos mujeres que podrían ser dichosas si existiera el divorcio.

El Sr. Linares Rivas no ha teorizado el caso ni ha querido



Una escena de *La suerte de Salustiano o del Rastro a Recoletos*, sainete en tres actos de los Sres. Torres del Alamo y Asenjo, estrenado con buen éxito en el Teatro de Eslava. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Una escena de *Abén Humeya*, tragedia en cuatro actos y en verso de Francisco Villaespesa, estrenada con buen éxito en el Teatro Español

resolver el problema; se ha limitado a plantearlo y a hacer que más que los personajes hablen los hechos de que éstos son protagonistas y víctimas, ofreciendo este conjunto de hechos a la consideración del legislador y de la sociedad.

Tratándose de literato tan justamente celebrado y tan práctico en los recursos escénicos, ocioso es decir que la comedia está hermosamente escrita y tiene efectos teatrales que son grandes aciertos.

María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza interpretan admirablemente sus respectivos papeles, viéndose muy bien secundados por la señorita Torres y la señora Salvador, y por los Sres. Díaz de Mendoza (M.), Codina, Cirera, Urquijo, Carsi y Juste.

Salambó, que así se titula una zarzuela en tres actos estrenada con excelente éxito en el Teatro de la Zarzuela, es el nombre de batalla que adopta para dedicarse a cupletista, una marquesita que en la misma iglesia y en el momento en que iba a casarse, ve arrebatarse a su novio por una artista de *varietés*, Carmen la Gitana. Gracias a esta estratagema la marquesita, que sale a la escena cubierto el rostro con un antifaz, conquista nuevamente al hombre a quien ama, venciendo a su rival. Enlazados con esta acción principal hay varios episodios muy graciosos, y en toda la obra abundan las situaciones cómicas y los chistes. La música es muy agradable, sobresaliendo en ella un coro de monaguillos, una romanza de tiple y un bailable.

Los autores Sres. Paso y Abati, de la letra, y Luna, de la partitura, obtuvieron muchos aplausos, que compartieron con ellos las señoras Vela, Marco y Haro, y los Sres. Parera, López y Marcén.

Los Sres. Torres del Alamo y Asenjo, que con tanto acierto cultivan el género de costumbres madrileñas, han alcanzado un nuevo triunfo con el sainete en tres actos *La suerte de Salustiano o del Rastro a Recoletos*, estrenado en el Teatro Eslava. La obra se basa en las peripecias que le ocurren a un vendedor de billetes de la lotería a quien la suerte favorece con 90.000 pesetas, que el buen hombre se gasta alegremente, mientras su mujer, hacendosa y económica, ha ido haciendo ahorros, gracias a los cuales, cuando Salustiano se encuentra sin un céntimo, queda asegurado el porvenir de la familia. Los tipos están perfectamente observados y sostenidos, y todo el sainete es de gran fuerza cómica, abundando en él las escenas graciosas y los chistes de buena ley.

En la ejecución se distinguen la señorita Palou, las señoras

Nestosa, Romea y Satorres, y los Sres Alarcón, García Ortega, Guirao y Llanceza.

En el Español se ha estrenado con muy buen éxito la tragedia en cuatro actos y en verso de Francisco Villaespesa *Abén Humeya*.



Una escena de *El tren rápido*, juguete cómico en tres actos, adaptado a la escena española por los Sres. Paso y Abati, estrenado con buen éxito en el Teatro de la Comedia.

La acción de la obra se desarrolla en la época del levantamiento de los moriscos contra la pragmática de Felipe II que prohibió a aquéllos el uso de su idioma, de sus costumbres y hasta de sus trajes.

Sobre este fondo ha desarrollado el autor una acción interesante que se basa en los amores del rey de los moriscos Abén Humeya con Doña Isabel de Mercado, en los celos de la mora Zahara y en el deseo de ésta de vengarse del capitán Flores, que abusó de ella, mientras sus soldados asesinaban a los moriscos rebeldes y saqueaban sus casas.

Este argumento ha dado ocasión al Sr. Villaespesa a trazar una porción de escenas de gran vigor dramático y mucho sabor de época, avaloradas por una versificación verdaderamente primorosa: algunos fragmentos, como el canto a Granada y la invocación de Abén-Humeya a su tizona, son dos joyas de la poesía castellana.

El autor ha sabido enlazar admirablemente la parte histórica con la ficción poética, manteniendo constantemente el interés de la obra.

Carmen Cobefia y Enrique Borrás rayan a gran altura en la interpretación de sus respectivos papeles, habiendo logrado justas ovaciones.

Muy aplaudidos han sido también la señorita Robles y los señores Ruiz Tatay, Ramírez, Muñoz, Cobefia, González y Cantalapiedra.

El tren rápido, juguete cómico adaptado a la escena española por los señores Paso y Abati, es un vodevil lleno de situaciones cómicas y de chistes que se conquistó desde las primeras escenas el favor del público.

Sus autores se han propuesto simplemente hacer reír, y preciso es confesar que han conseguido por completo su propósito sin necesidad de apelar a recursos de mala ley.

Las señoritas Pérez de Vargas y Riquelme, las señoras Alba y Martínez y los señores Bonafé, Zorrilla, Romea, Valle, Asquerino y demás artistas de la Comedia, representan la obra con sumo acierto, consiguiendo muchos y merecidos aplausos.

NOTAS DE MELILLA

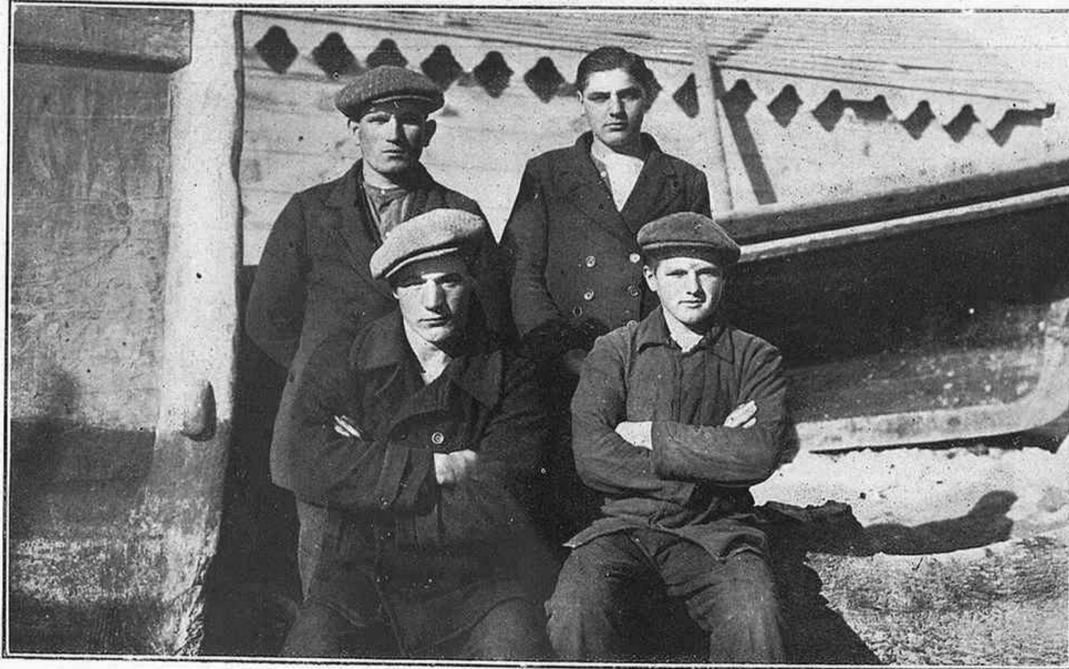
Conducidos por el vapor *Virgen de Africa* han llegado recientemente a Melilla cuatro marineros alemanes que poco antes habían desembarcado en las Chafarinas después de una travesía que fué una verdadera odisea.

Estos cuatro marineros, que se llaman Federico Neumann, de 18 años; Wálter Heyden, de 22; Alejo Simón, de 26, y Martín Méyer, de 19, pertenecen a la tripulación del vapor alemán *S. S. Riga* que se hallaba cargando mineral en San Juan de Aznalfarache cuando estalló la guerra, y como consecuencia de ésta quedaron allí el buque y sus tripulantes.

Pero un día los cuatro marineros citados, ansiosos de regresar a su patria y de luchar al lado de sus compatriotas, se trazaron un plan que bien puede calificarse de heroico para volver a Alemania. Furtivamente salieron de Sevilla y llegaron a Málaga, en donde se pusieron al habla con algunos compañeros tripulantes también de otros barcos alemanes en aquel puerto detenidos con motivo de la guerra. Después de varios días de permanecer en aquella ciudad, madurando su plan de evasión, que se presentaba más difícil de lo que creyeron en un principio, apoderáronse de una barca de pescar almejas y provistos de un mapa de Europa, y de una pequeña brújula y de víveres para ocho días, se hicieron a la mar con el propósito de arribar a Sicilia, de allí pasar a Italia y dirigirse por tierra a Alemania.

ca de agua que dos de los intrépidos marineros no cesaban de achicar. Tres días permanecieron en esta situación, arrojando toda clase de peligros, pero siempre alentados por la idea de

do sido alojados en el Cuartel de la Compañía de Mar en donde se los ha atendido perfectamente.



Melilla. La odisea de cuatro alemanes. - Los marineros alemanes pertenecientes a la tripulación del *S. S. Riga* que desaparecieron de Sevilla y tomando una barca en Málaga navegaron con rumbo a Italia, para desde allí dirigirse a Alemania, hasta que el temporal los obligó a tomar tierra en las islas Chafarinas.

volver a ver su patria; hasta que al amanecer del cuarto se encontraron a poca distancia de las islas Chafarinas, que no

inaugurado hoy con gran concurrencia Ropero Santa Victoria para solemnizar fiesta onomástica de S. M. la Reina. Se han dis-

El día 23 de diciembre último inauguróse solemnemente el Ropero de Santa Victoria con el reparto de numerosas prendas entre los pobres de Melilla. El acto se efectuó en el Salón Kursaal que estaba decorado con tanta sencillez como buen gusto, y a él asistió el Comandante general de la plaza, general Jordana.

Ocupó la presidencia la señora de Gómez Jordana; teniendo a sus lados al teniente vicario señor Montilla y al vicario de la parroquia señor Acosta; cerca de la mesa presidencial y a los lados de las mesas en que se habían colocado los lotes de prendas, situáronse las señoras vicepresidenta del Ropero, la secretaria y la tesorera. Las señoras asociadas y los invitados ocuparon todo el salón, que ofrecía un hermoso golpe de vista.

Comenzó el acto con la lectura por la secretaria Sra. Lázaro de una bien escrita memoria, en la que se consignaban interesantes datos acerca del nacimiento y desarrollo del Ropero. Después se procedió al sorteo de las prendas confeccionadas por S. M. la Reina Victoria y a continuación se hizo el reparto de 771 lotes dispuestos.

Terminado el acto, el general Jordana dirigió el siguiente telegrama al Palacio Real: «Duque de Santo Mauro. Madrid. Se ha inaugurado hoy con gran concurrencia Ropero Santa Victoria para solemnizar fiesta onomástica de S. M. la Reina. Se han dis-



La tiple Blanca Suárez recorriendo el Zoco de Beni-Sicar. - Reparto de ropas del ropero de Santa Victoria. - Mujeres, ancianos y niños entrando en el Kursaal, en donde se repartieron ropas y otras limosnas. (De fotografías de Lázaro.)

Como jefe de la expedición fué nombrado Federico Neumann, el más joven de todos ellos, pero en quien sus compañeros reconocieron mejor temple y mayores conocimientos náuticos.

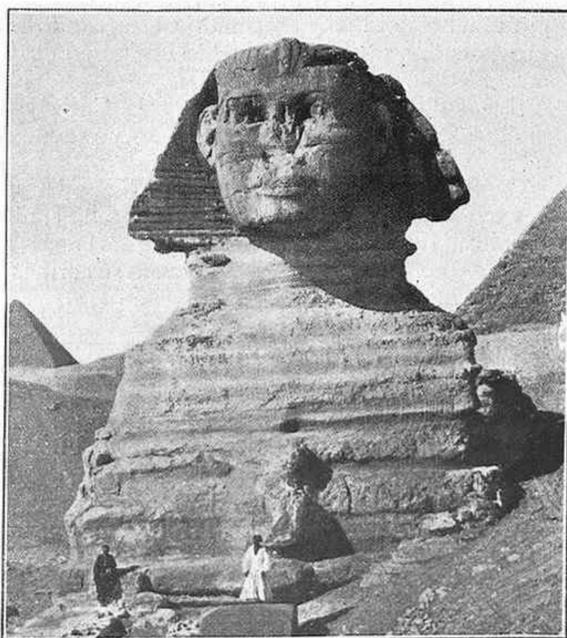
El primer día de navegación fué feliz, pero el segundo, un fuerte viento la hizo difícilísima llenando continuamente la bar-

nocían por no haber navegado nunca por aquellos mares.

A las cinco de la mañana saltaron a tierra dos de los tripulantes, y poco después ellos y sus compañeros fueron conducidos a la Comandancia Militar, en donde explicaron al comandante D. Joaquín Pavía el motivo y los incidentes de su viaje.

El día 20 llegaron los heroicos navegantes a Melilla habien-

tribuido 2.700 prendas agrupadas en 770 lotes. Las enviadas por S. M. se han sorteado entre todos los pobres. Presidenta, Junta Directiva, las 378 socias del Ropero y pobres de la ciudad me ruegan haga llegar a S. M. testimonio adhesión y respetuoso afecto y sinceros votos que elevan al Altísimo para que conceda muchos años de vida y de felicidades a nuestra Augusta Soberana.»



EGIPTO. - LA GRAN ESFINJE DE GIZÉH

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra Casa editorial, se recomienda a todos los amantes de las Bellas Artes y de las artes suntuarias, tanto por su interesante texto cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se compone de los tomos siguientes, que se venden juntos o separados a pagar a plazos mensuales:

HISTORIA DE LA PINTURA Y ESCULTURA. - En todas las épocas y escuelas, con noticias biográficas de los artistas más ilustres. - Un tomo con 1.157 grabados intercalados en el texto y 49 láminas sueltas, algunas de ellas preciosas cromolitografías. Se vende a setenta y cinco pesetas, lujosamente encuadernado.

HISTORIA GENERAL DEL TRAJE. - Forma dos tomos, que constan de 300 páginas de texto y de 240 bellísimas cromolitografías dibujadas por el celebrado artista Federico Hottenaoth. Se venden, artísticamente encuadernados, al precio de ciento quince pesetas.

HISTORIA DEL MUEBLE, TEJIDO, BORDADO Y TAPIZ, METALISTERÍA, CERÁMICA Y VIDRIOS. - Esta interesante parte de nuestro libro, lo mismo que las anteriores, va ilustrada con numerosos y perfectos grabados, que representan los mejores tipos de los muebles, tejidos, bordados y tapices, objetos de metal, de loza y porcelana. Se vende encuadernada al precio de setenta pesetas.

LA ORNAMENTACION. - Estudio analítico de los elementos que la integran y sintético de sus diferentes evoluciones a través de los principales estilos, ilustrado con 115 láminas tiradas aparte y variedad de grabados intercalados en el texto. Se vende encuadernado al precio de setenta pesetas.

HISTORIA DE LA ARQUITECTURA. - Tres tomos profusamente ilustrados con grabados intercalados y láminas sueltas en negro y colores. Se vende, artísticamente encuadernada, al precio de ciento sesenta pesetas. - Los pedidos a los editores de la obra, Sres. Montaner y Simón, Barcelona.

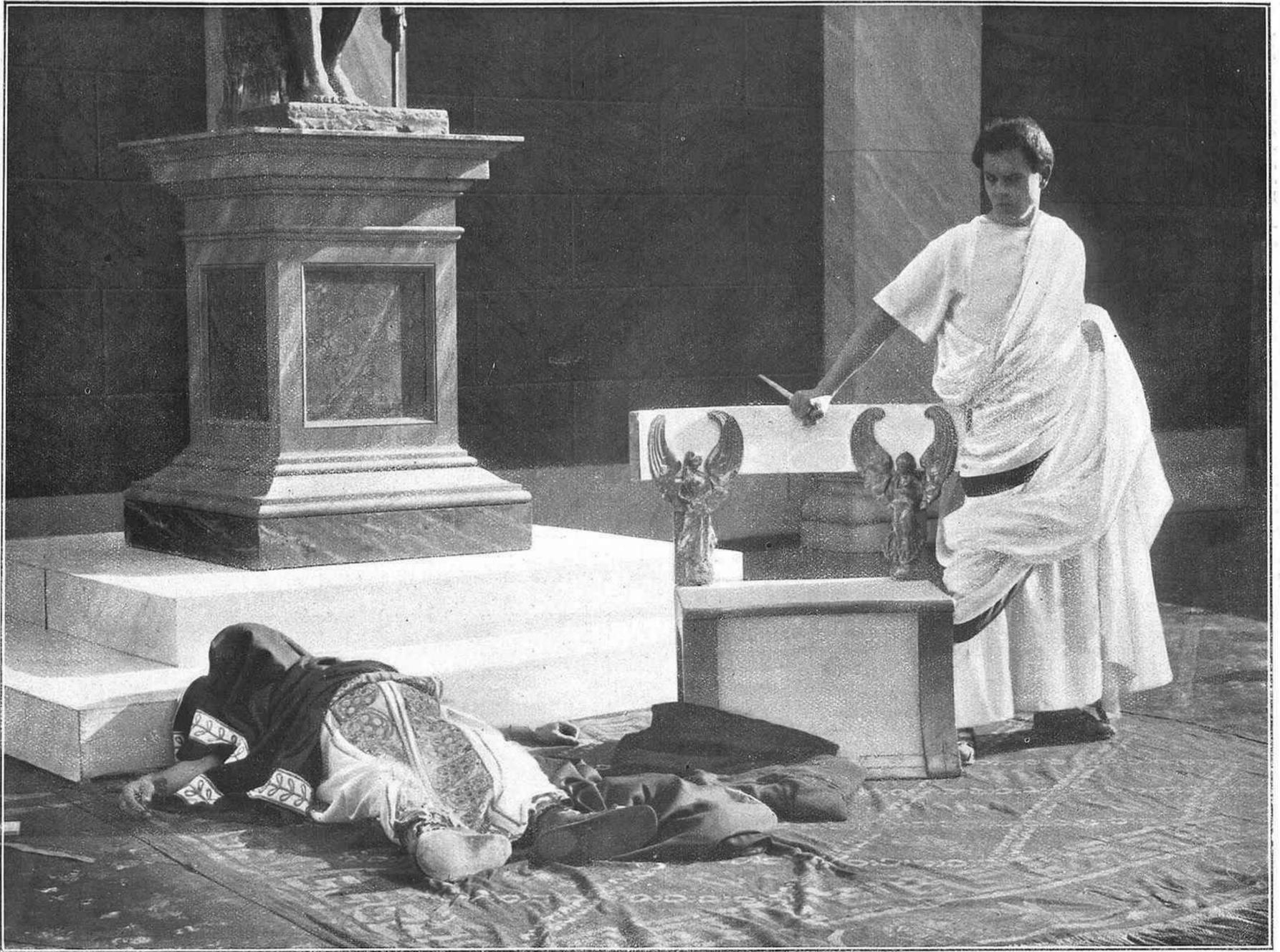
CAYO JULIO CÉSAR

Con este título ha compuesto recientemente la conocida casa «Cines», de Roma, una magnífica e in-

terante película cinematográfica de la casa «Cines», de Roma, que con el título de «Cayo Julio César» han compuesto el literato romano Sr. Giovagnoli y el pintor Sr. Guazzoni. (De fotografía de Carlos Abeniocar.)

terante película cinematográfica de la casa «Cines», de Roma, que con el título de «Cayo Julio César» han compuesto el literato romano Sr. Giovagnoli y el pintor Sr. Guazzoni. (De fotografía de Carlos Abeniocar.)

gados los famosos *Idus de Marzo*, César entra en el Senado; los conjurados le rodean y a una seña convenida, le acometen con sus puñales, y César cae mortalmente herido, pronunciando, al reconocer en-



La muerte de César, escena de la notable película cinematográfica de la casa «Cines», de Roma, que con el título de «Cayo Julio César» han compuesto el literato romano Sr. Giovagnoli y el pintor Sr. Guazzoni. (De fotografía de Carlos Abeniocar.)

terante película cinematográfica cuyo argumento ha sido ideado por el reputado literato romano Rafael Giovagnoli y puesto en escena por el celebrado pintor Enrique Guazzoni.

La presentación escénica de esta película bien puede calificarse de perfecta bajo todos conceptos: los trajes, las armas, los accesorios son de una propiedad y de una riqueza extraordinarias; las reconstrucciones arquitectónicas de edificios y monumentos, son de una fidelidad histórica sorprendente; y las masas, admirablemente dispuestas, se agrupan y se mueven con todo el sentimiento de la realidad.

El argumento de la película es, a grandes rasgos, el siguiente:

Bruto, a quien todos creen hijo de Marco Junio Bruto pero cuyo padre verdadero es César, es educado por Catón, hermano de su madre Servilia y enemigo de César.

A la muerte de Sila, Cayo Julio César logra hacerse edil curul primero y luego cónsul, y cuando estalla en la Galia la rebelión de Vercingetórix, obtiene el mando de la Cisalpina y vence al rey galo a quien

Senado ensalza al héroe triunfador; pero en el mismo Senado no tardan en iniciarse las primeras hostilidades contra César, a quien al fin se comunica la orden de dejar las legiones y volver a Roma, si no quiere ser considerado como enemigo público. César no obedece, resuelto a emprender la guerra civil, y el Senado lo destituye, siendo Bruto el encargado de notificar a aquél su destitución. Llegado al campamento de César, Bruto va a ser asesinado por los legionarios, pero César lo salva y poco después pasa el Rubicón.

En el entretanto, Pompeyo huye a Brindis y luego a Durazzo, pero es vencido en Farsalia, en donde se decide la suerte de Roma y del mundo. Bruto es hecho prisionero y conducido ante César, quien no sólo le perdona, sino que, además, lo nombra gobernador de las Galias.

Mientras Pompeyo, traicionado por Ptolemeo, rey de Egipto, es asesinado en Alejandría, César entra triunfalmente en Roma.

Pero los enemigos de César, capitaneados por el propio Bruto, tramán contra él una conjuración. Lle-

tre los asesinos a Bruto, la célebre frase «*Tu quoque, Brutus, fili mi!*»

Los conjurados huyen a esconderse en sus casas, el pueblo, irritado, los persigue, y Bruto muestra el puñal ensangrentado a Servilia, su madre, la cual, aterrada, le da a comprender que ha asesinado a su padre.

El día de los funerales el cadáver de César es transportado al Foro con gran pompa, y mientras Servilia cubre de flores el cuerpo inanimado del que fué su amante en su juventud, Antonio hace el elogio fúnebre del héroe asesinado y levantando la toga que le cubre, muestra al pueblo el cuerpo de César acribillado con veintitrés heridas.

La multitud enfurecida corre a la Curia y la incendia, da muerte a los conjurados y prende fuego a sus casas.

Después, vuelve al Foro y con sillas y bancos de los tribunales improvisa una pira sobre la cual coloca el cadáver que es consumido por las llamas mientras los soldados arrojan a la hoguera sus armas y sus ornamentos.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el único inalterable. — Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, París.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVÁ
ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

HISTORIA GENERAL de FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsímiles de manuscritos importantes, á 60 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES